



*Te llamabas  
Rosicler*

*Luis Rivano*



TE LLAMABAS  
ROSICLER

Comedia En Tres Tangos.

Obra De:

LUIS RIVANO

SANTIAGO DE  
CHILE

1976

PERSONAJES: (F: 2 / M: 4 / T: 6.)

MARIO PADILLA, jubilado municipal, 50 años.

ROSICLER, bailarina frívola, 35 años.

MARÍA ESTER, dueña de la casa, 40 años.

ANÍBAL MATURANA, agente de seguridad del Banco Central, 30 años.

JOSÉ EDUARDO, amante de María Ester, 25 años.

MANUEL TORREALBA, poeta, 25 años.

La acción transcurre en una antigua casa de la calle Ejército.

Año 1963. El escenario Presenta un corte de la casa que la divide en tres sectores de acción. El sector central y principal es el dormitorio de Rosicler y Mario. El lado izquierdo es el término del pasillo.

Hay una mesita para el teléfono. Al lado derecho un banquillo de la galería.

Al levantarse el telón se escucha el tango “Rosicler” en la versión de Julio Martel

con la orquesta de Alfredo de Angelis.

Mario

Prepara el desayuno y canta junto al disco  
Rosicler lee, acostada, una revista de foto-  
novelas.

(Cantando.)

“Y en el frío de la sombra soy la sombra  
que te nombra mi Rosicler”

(Pausa.)

ROSICLER: ¡Por quinta vez el mismo  
disco! ¡Por Dios, Mario!

MARIO: «...Te llamabas Rosicler, como el  
primer rayo del día...»

ROSICLER: Ya pus, Mario... ¡Mario!

MARIO: Era la época fenomenal de los  
años cuarenta... Yo lo único que deseaba  
era cantar... cantar igual de lindo como lo  
hacía Julio Martel con la típica de Alfredo  
de Angelis. Tener esa pinta de centro  
forward de Boca Juniors y peinado con  
brillantina...

ROSICLER: Ya, ya... Está bien... Está bien... Está bien... Total, cada loco con su tema. Pero déjame leer. Vivimos en una sola pieza. Respeta por lo menos mi derecho a estar tranquila. A veces pienso que deberías olvidarte de tu condición de jubilado y buscarte una ocupación aunque fuera por las tardes.

MARIO: No, no, no. Trabajé mi cuota. Ahora debo vivir...

ROSICLER: ¡Chis! Supongo que a esto le llamas vivir... Vivir en una residencial de mala muerte.

MARIO: Es una maravillosa mansión... Ah... ah... Aquí en estos barrios vivía la aristocracia. Claro que eso era antes de que se llevaran la Escuela Militar para Apoquindo. Me acuerdo que cuando muchacho yo pasaba por aquí y me quedaba admirando esta hermosa mansión sin sospechar siquiera que algún día iba a vivir en ella...

ROSICLER: Barrio de mala muerte... casa con olor a comida... Pésima ventilación... Jamás me imaginé que yo llegaría a parar en esto...

MARIO: ¡Bah! ¿Y qué te creías? ¿Que siempre ibas a estar en primera vedette? ¿Siempre con tu nombre en la marquesina luminosa de los teatros? ¡La gran Rosicler... de las mejores revistas de Buenos Aires a la Ópera de Santiago!

Y así supe de ti... de mi Rosicler. Con el mismo nombre del tango que cantaba

Julito Martel como un príncipe de los barrios... Barrio, porque yo también nací en un barrio y jamás podrán quitarme de la piel este olor a canilla proletario...

ROSICLER: Canillita, che...

MARIO: Canilla, canillita... eh... da lo mismo... Además, a mí me gusta.

ROSICLER: A mí... no.

MARIO: Si yo no hubiera leído esa tarde en el diario Última Hora.

“Hoy estreno de la nueva revista. La gran Rosicler. Debut en Chile.” Entonces yo me dije: Rosicler, bah igual que el tangó... y me entró una enorme curiosidad por verla.

ROSICLER: No fue una suerte venir...  
¡Cómo diablos me iba a imaginar que me  
quedaría anclada aquí, quien sabe hasta  
cuándo!

MARIO: Me conseguí con el jefe, allá en la  
Municipalidad, valecito para entrar gratis  
al Opera...

ROSICLER: Más que por dinero, acepté el  
contrato por curiosidad...

Yo era primera figura. Si en vez de venir a  
Santiago hubiera aceptado el contrato en  
Mar del Plata... Pero allá, en esa  
temporada, estaba también la Nelly...  
Jamás aceptaría trabajar en la misma  
revista con esa infeliz.

MARIO: Y cuando se abrió el telón,  
apareció ella. Era bella como una diosa.  
Una diosa de piernas largas, tan largas  
que, parada ahí sobre el tablado... con los  
brazos en alto... parecía sostener el cielo  
con sus manos. Y yo, radiante y feliz, fui a  
esperarla a la salida. Pero ¿qué hacía yo  
ahí parado en la escalinata entremedio de  
esos futres, esos turcos con autos  
coludos? ¿Qué hacía yo entre todos esos

fulanos elegantes, contrabandistas,  
jugadores? En fin,

¿Qué monos pintaba yo con mi trajecito  
comprado a plazo en la cooperativa de  
Empleados Municipales?

ROSICLER: Salí del teatro toda envuelta  
en pieles' finas que me había regalado un  
estanciero argentino. La envidiosa de la  
Nelly decía que eran pieles ordinarias...  
¡Puf! A ella la invitaban con un sandwich y  
después la echaban en un taxi para que  
se fuera a la casa.

MARIO: Cada vez que podía, es decir  
cuando me conseguía un valecito con el  
jefe, me iba al teatro a verla. Porque para  
mí, verla era una gloria... Claro está que  
también era un suplicio.

ROSICLER: ¡Le echaste azúcar... no le  
echaste sacarina!

MARIO: ¡Ah! El doctor no dijo nada de que  
tenías que echarle sacarina.

ROSICLER: Nadie del ambiente artístico  
se llena de azúcar ni de ninguna de esas  
cosas que hacen perder la línea.



MARIO: Sí, ah. ¿Y cuándo salías con el turco ese, qué tomaban? ¿Agua? ¿No sabes que cada copita de licor equivale a diecisiete cuchara das de azúcar?

Lo leí en el Reader's Digest.

ROSICLER: Como si tú nunca tomaras licor.

MARIO: Sí, pero yo no pretendo ser bailarina.

ROSICLER: Ni lo intentes. ¡Con esa facha!

MARIO: Sí, también es cierto. Bueno, me voy a la Municipalidad.

ROSICLER: Otra vez a juntarte con esa tropa de ociosos. A jugar cacho, a hablar estupideces, a gastarte la plata.

MARIO: Es mi plata.

ROSICLER: Sí, ya sé. Es tu plata, es tu azúcar de la cooperativa, es tu doctor de la Caja, es tu mujer.

Pero puede que no lo sea por mucho tiempo más.

MARIO: ¡Ah, sí claro! Como aquí se atropellan los empresarios internacionales para contratarte,

ROSICLER: Empresarios internacionales tal vez no, pero hay gente interesada en ayudarme.

MARIO: Ah, sí, ¿A ver, quién? Dime quién. ¿Quién, ah?

ROSICLER: Ah, eso es asunto mío. Ya, ya, déjame. Yo sé arreglármelas muy bien solita.

MARIO: “Bella ilusión”... como canta el maraco de Luis Mariano.

(Pensando.) ¿El maraco? ¡Ah! Apuesto que es el maraco de Severito el que te está sacando plata con la chiva de que te va a conseguir algo.

ROSICLER: Mira, Severito no es...

MARIO: (Interrumpiendo.) ¿Qué Severito no es maricón?

ROSICLER: ¡Severito conoce su profesión!

MARIO: Sí, claro. Su profesión que es la de cabrón. Que él diga que es representante... ¡Qué! Boletero de la compañía...

ROSICLER: Bueno, eso es precisamente lo que le da la experiencia. Él sabe de antemano qué revista va a fracasar, qué vedette va a triunfar, a qué cómico van a aplaudir.

MARIO: ¡Y con qué pelado se van a acostar! ¡Y cuánto le van, a sacar!

ROSICLER: (Burlona.) ¿Y qué butaca le corresponde a cada cual?

MARIO: Ah, sí, sí... Porque cada vez que llegaba allá con mi valecito todo pirijiliento, me decía

(Con voz afeminada.) “¡Ay joven, usted es el que viene de la Municipalidad...! Y me tiraba al fondo. Detrás de la columna. Pero que no llegara un futre bien vestido... Aunque no quedara ninguna entrada, sacaba de no sé dónde unas de la primera fila.

Se hacía el simpático y se ganaba una buena propina. Y a mí me decía: “Joven,

¿Por qué no va a ver Las travesuras de Pinocho? Porque el valecito de la Muni le sirve para cualquier compañía... ¡Te prohíbo que llames a ese maricón!

ROSICLER: Yo nunca he llamado a nadie. Siempre me han llamado a mí.

MARIO: Mira, mira, mira, ya, métete esto bien en la cabeza...

ROSICLER: ¡Ya! ¡No me des sermones!

MARIO: ¡No sigas soñando!

MARIO: (Gritando.) ¿Quién es?

MARÍA ESTER: (Desde afuera.) La señora María Ester.

MARIO: (Cambiando el tono.) Oh... un momentito señora María Ester.

ROSICLER: (Bajando el tono también.) ¿Quién es?

MARIO: La hija de don Estanislao.

ROSICLER: Bah, desde que llegó aquí nunca había hablado con nadie.

MARIO: Arréglate un poco, ¿quieres?

ROSICLER: ¡Momentito! Yo se tratar con gente decente mucho más que tú...

MARIO: Vaya. Qué sorpresa.}

MARÍA ESTER: ¡Buenos días, don Mario! Necesito hablar con usted.

MARIO: Ah, sí. Cómo no... Le presento a mi esposa.

MARÍA ESTER: ¡Buenos días!

ROSICLER: El gusto es mío...

MARÍA ESTER: Don Mario, necesito hablar con usted... de un asunto muy urgente.

MARIO: Bueno. Pero tome asiento, está en su casa. ¿Tomaría un cafecito? Es Nescafé, eso sí.

MARÍA ESTER: No, no, gracias. No se moleste.

ROSICLER: Pero, Mario... ofrécele un copetín a la señora.

MARÍA ESTER: (Extrañada y molesta.)  
¿Un trago a esta hora? No, de ninguna manera.

MARIO: Aunque podría ser...

Es un pisquito del bueno. Me lo trae un compadre de La Serena. Un compadre que trabaja en Andes Mar Bus.

MARÍA ESTER: No, gracias, señor Padilla, no se moleste.

ROSICLER: Con permiso...

MARIO: Bueno... este... estoy a su disposición.

MARÍA ESTER: Mire, don Mario, he sabido de muy buena fuente que esta casa la van a demoler porque entra en los planes de remodelación de Santiago.

MARIO: No, no. No es posible. De ser así yo lo habría sabido inmediatamente.

MARÍA ESTER: Imagínese que me lo contó mi prima. Ella está casada con Ignacio Izquierdo, el arquitecto. Y es un arquitecto muy bien informado.

MARIO: No, si me lo imagino... pero; pero lo que pasa es que... lo que está aprobado es la demolición de la calle República, que es donde se unirán las dos panamericanas. Pero nosotros estamos bien porque nos salvamos.

MARÍA ESTER: Yo no comprendo muy bien de esas cosas, pero tengo entendido que usted es jubilado de la Municipalidad...

MARIO: Ah, sí, sí, claro que sí. No, no... Deje todo en mis manos. Mire, yo voy a averiguar si se ha producido alguna novedad.

MARÍA ESTER: Mire, dígame, ¿usted conoce a alguien influyente en la Municipalidad?

MARIO: Claro que sí. Si yo llegué a ser uno de los jefes.

Y creo que conozco a la persona indicada. Miguel Correa.

MARÍA ESTER: ¿Correa? ¿De cuáles Correa será?

MARIO: Ahí sí que me pilló, porque nosotros en la oficina le decíamos Correíta nomás.

Pero no se preocupe, porque todos los papeles y todos estos asuntos tienen que pasar por su oficina.

¡Seguro! Claro que, eso sí. Hay que gastar unos pesitos...

Aceitar la máquina... usted sabe,

MARÍA ESTER: (Sobresaltada.) ¡Ay, don Mario... pero yo...!

MARIO: No, no, no se preocupe. Si todavía queda mucho paño que cortar, plazos...

MARÍA ESTER: Sí, porque yo digo, si tienen que demoler, ¿qué les cuesta hacer una curvita en el camino y respetar esta casa?

MARIO: Y es la mejor del barrio. Sería un crimen que no la respetaran. Pero no se preocupe, estando todo en mis manos, todo va a salir bien. Porque, además, a mí me interesa tanto como a usted.

MARÍA ESTER: ¿Cómo así?



MARIO: Sí, porque yo conozco esta casa hace casi más de veinte años.

MARÍA ESTER: Yo nací aquí.

MARIO: Ve, ve. ¿Se acuerda de este mueble? Estaba en el salón principal. ¿Y de estas sillas? Estaban en el dormitorio de los niños,

MARÍA ESTER: En el mío.

MARIO: Ah, ¿no ve? Cuando yo llegué a esta casa las compré y las hice arreglar. Ya hace como veinte años, también. Cuando trabajaba en el Departamento de Obras tuve que venir a hacer una inspección. Entonces fue cuando conocí a don Estanislao, el señor padre de usted. Y a propósito, ¿cómo está él? Porque, llegado el caso, él sería de gran utilidad. Él tiene mucha influencia. Porque tengo entendido que la propiedad siempre sigue a nombre de él, ¿no?

MARÍA ESTER: Yo no he querido molestar a mi padre, señor Padilla.

Él es una persona muy ocupada.

MARIO: Ah, sí, sí... lo comprendo.

¿Se acuerda de lo que era antes esta habitación?

MARÍA ESTER: Una de las bibliotecas.

MARIO: ¡Eso! Una biblioteca de libros.

(Accionando aparatosamente.) Con libros hasta el techo. Y del techo se descolgaban unos angelitos que volaban.

Es decir, que parecían que volaban. Ahí por las cornisas, por los rincones... Y acá, a este lado, estaba el escritorio de su señor padre de usted. Si parecía un ministro sentado ahí, detrás del enorme tintero de bronce. Me va a creer que aún conservo un libro encuadernado en piel, antiguo, y que tiene la firma de su señor padre. De puño y letra.

MARÍA ESTER: ¡No me diga!

MARIO: Sí, claro. Y se lo voy a mostrar.

MARÍA ESTER: No se moleste.

MARIO: No es ninguna molestia...

ROSICLER: (Entrando.) Pero, Mario. No le des la lata a la señora.

MARIO: Quería mostrarle...

ROSICLER: ¿No ibas a ir a la  
Municipalidad?

MARIO: Sí, pero...

ROSICLER: Entonces... movéte. Te van a  
cerrar la Municipalidad.

MARIO: A mí nadie me cierra la  
Municipalidad. Yo entro y salgo cuando  
quiero de la Municipalidad.

MARÍA ESTER: Bueno, don Mario,  
quedamos en eso...

MARIO: Sí, sí, señora María Ester. Me voy  
inmediatamente.

(A Rosicler.) Y, cuídese, hija; ¿usted ya  
sabe, no?

MARÍA ESTER: Yo quedo a la espera de  
que usted me dé el aviso, ¿ah?

MARIO: No se preocupe, señora María  
Ester. Hasta luego.

Pero, no, quédese, Está en su casa.

MARÍA ESTER: No, yo no quiero darle ninguna molestia.

ROSICLER: Si no es ninguna molestia, señora María Ester. Por favor, tome asiento.

Llámeme Rosicler.

MARÍA ESTER: ¿Rosi... qué?

ROSICLER: Sí... ese es mi nombre artístico. Lo he usado tanto que he olvidado el mío, el verdadero.

MARÍA ESTER: Yo jamás había oído un nombre así.

ROSICLER: Ah, bueno... es que me llaman la Gran Rosicler. Rosicler a Grande. En Buenos Aires me llamaban la Mulata de Leche.

MARÍA ESTER: ¿La qué...?

ROSICLER: La Mulata de Leche. Eso es porque bailo el afrocubano soy blanca como la leche.

(Se abre la bata.) ¿Ve?

Le voy a mostrar mi álbum donde salen todas mis temporadas.

Vamos a ver la de Buenos Aires. Aquí está la le Buenos Aires. ¿Conoce usted Buenos Aires?

MARÍA ESTER: Sí, bastante.

ROSICLER: (Un tanto cortada.) Bueno... nosotros alojábamos en el Hotel Apolo.

MARÍA ESTER: Ese sí que no lo conozco.

ROSICLER: Oh, es muy bueno. Fue una temporada magnífica. Un empresario europeo quería llevarme en gira a París, pero yo tenía contrato por todo el año.

MARÍA ESTER: (Fijándose en los recortes escandalizada.) ¿Pero usted era bailarina nudista?

(Con orgullo.) ¡Oh, no! ¡Primera vedette!

Bueno, ahora me tomé unas vacaciones porque el trabajo es muy agotador, usted sabe.

MARÍA ESTER: Dígame, ¿sus padres nunca le pusieron objeciones a este tipo de trabajo?

ROSICLER: No. Al contrario.

Permiso...

JOSÉ EDUARDO: Buenos días. ¿Está María Ester?

ROSICLER: Buenos días. Claro, aquí está.

MARÍA ESTER: (Se levanta.) Ya salgo, José Eduardo.

JOSÉ EDUARDO: (Entrando.) Permiso... No, mi amor. Es algo cortito.

(A Rosicler.) Permiso.

(A María Ester.) Ven mi amor. Te vengo a avisar que salgo y que te saqué algo de plata para la bencina.

MARÍA ESTER: (Trata de detenerlo.) Quédate, tengo que hablar contigo.

JOSÉ EDUARDO: No... Pero sigan con sus cosas. Estaban tan entretenidas.

ROSICLER: Mi álbum... Mi álbum.

JOSÉ EDUARDO: ¡Su álbum! Entonces no las molesto más.

(A María Ester.) Adiós, mi amor.

ROSICLER: (Mostrando el álbum a María Ester.) ¡Mire señora María Ester! Mire señora María Ester.

MARÍA ESTER: No, no. Mañana, otro día...

(A José Eduardo.) Tengo que hablar contigo, José Eduardo.

JOSÉ EDUARDO: ¿Qué pasa, mi amor?  
¿No ve que estoy apurado?

MARÍA ESTER: ¿Apurado tú? ¿Qué cosa tan importante tienes que hacer?

JOSÉ EDUARDO: Pero, corazón. La venta del auto, pues.

MARÍA ESTER: Sobre la venta del auto vamos a tener que conversar un poquito más. Es lo único que me va quedando. Mi padre fue muy categórico: “Puedes vivir de la renta que te paguen los pensionistas de la casa de la calle Ejército. Y nada más”.

Por eso estoy vendiendo mis joyas. Déjame el auto.

JOSÉ EDUARDO: Después hablamos de eso.

MARÍA ESTER: No. Vamos a hablar inmediatamente.

JOSÉ EDUARDO: Cuando vuelva hablamos, mi amor. Si lo único que voy a hacer es buscar una cotización, nomás. Por último, usted decide si le conviene o no vender el auto, mi amor... ¿Ya?

MARÍA ESTER: Tengo un problema mucho más serio ahora, José

Eduardo. Lo menos que puedo esperar es que me ayudes, aunque sea una sola vez.

JOSÉ EDUARDO: Problemas, problemas. Es de lo único que me sabes hablar, Mana Ester. Ya me estoy cansando ya, pues.

MARÍA ESTER: ¿Cansado tú? ¿Y cómo crees que me he sentido yo durante las últimas semanas? ¿Reducida a vivir en esta casa llena de rotos y de coristas?



JOSÉ EDUARDO: ¡Claro!... Yo que vengo de las mejores familias. Que nunca he tenido problemas de dinero.

MARÍA ESTER: ¿Y? ¿Por culpa de quién estamos en estas condiciones?

JOSI JOSÉ EDUARDO: Ah. Seguramente que por causa mía. Escúchame bien María Ester; yo era un excelente alumno. Vivía sin problemas, y tú me mentiste. Sí, pues... Me engañaste. Me mentiste. Me dijiste que eras separada, ¿sí o no? Tú tenís la culpa de todo, María Ester.

MARÍA ESTER: Ante todo, ¡cállate! ¿No ves que nos pueden estar escuchando?

JOSÉ EDUARDO: Oye, grito todo lo que quiero, ¿no?

MARÍA ESTER: No. A mí nadie me levanta la voz. Y menos un flojo mentiroso como tú.

JOSÉ EDUARDO: ¡Ándate a la mierda, oh!

MARÍA ESTER: ¡José Eduardo! ¡José...!

MANUEL: (Entrando, se acerca.) ¿Necesita algo?

MARÍA ESTER: Nada. ¿Por qué?

MANUEL: ¿Le traigo un vaso de agua?

MARÍA ESTER: No. No necesito nada.  
Estoy perfectamente bien.

MANUEL: ¿Hace frío, no? Yo vengo  
siempre a trabajar aquí.

Espero no molestarla, pero en mi pieza no  
entra la luz porque los vidrios están rotos  
y tengo que mantener los postigos  
cerrados.

MARÍA ESTER: Mire, jovencito. Haga una  
nota con todas sus quejas; ya veremos el  
modo de solucionarlas.

MANUEL: No, no. Si no me quejo. A mí me  
gusta esta casa. Solo... solo necesito un  
lápiz...

MARÍA ESTER: Un lápiz... y una botella.

ROSICLER: (Al teléfono.) ¡Hola, lindo!  
¿Estabas esperando mi llamada... ? ¿Tu  
mami se mejoró...? Mándale muchos  
cariños...

Oye, oye, ¿arreglaste el asunto para que yo...? ¿Con quién...?

¿Con ese muerto de hambre...? Oye, Seve... Anoche... Ay, bueno.

Hacía tiempo que andaban chuecas. Acuérdate... Y, ¿cómo te fue con la llamada...? En la segunda fila no, Severito. Tú sabes que eso a mí no me corresponde, Además, la semana pasada te di... No, no te lo estoy echando en cara, tonto. Lo que pasa es que tú quedaste de arreglar... Ah... ¿Y qué te dijo...? Oye.

Estoy perfectamente bien, Severito. Ni se me nota... Además, el médico me dijo que bailando me iba a mejorar mucho antes...

Ya pues. Tú eres el que tiene que arreglar... ¿Cuánto...? No,

Severito. No, si no es eso, mira. Lo que pasa es que Mario va a terminar dándose cuenta que yo le... También es cierto.

Bueno, ya... Dile a la Magaly que los pase a buscar. Con ella te los voy a mandar mañana. Pero hazle empeño pues, Severito...

No, no. Si confío en ti... Oye, oye, ¿sabís?  
Cuando vuelva a ser primera vedette te  
voy a hacer un regalito que te va a  
encantar.

Vas a ver... Chao, lindo. Cuídate.

MANUEL: (Escribe en un papel y levanta  
la vista.) Buenos días, colega.

ROSICLER: ¿Trabajando? ¿Lo molesto?

MANUEL: No, al contrario. Usted me  
inspira.

(Invitándola a sentarse.) Por favor...

ROSICLER: ¿Qué está escribiendo ahora?

MANUEL: Bueno... todavía no.

ROSICLER: No, si lo entiendo, Manuelito.  
A mí me pasa lo mismo.

El artista debe terminar su obra. Solo  
entonces se muestra al público.

MANUEL: Así es como tiene que ser. Ah. A  
propósito, ¿leyó mi libro?

ROSICLER: Sí, sí. Muy lindo, Manuelito.

MANUEL: Me alegro que le haya gustado.  
¿Cuál poema le gustó más?

ROSICLER: Todos. Todos muy lindos.

MANUEL: Sí, sí. Pero debe haber alguno  
en especial. Como el del parque, por  
ejemplo.

ROSICLER: Muy... muy bonito... muy  
poético.

MANUEL: ¿Le gustó el final?

ROSCLER: Mucho.

MANUEL: Pero ¿qué sentimiento le  
produjo?

ROSICLER: Es un poco triste, ¿no es  
cierto?

MANUEL: No, no. Pero... ¿no vio usted que  
traía un mensaje de aliento, de  
esperanza?

ROSICLER: Lo que pasa es que es triste y  
alegre al mismo tiempo, ¿No?

MANUEL: ¿Quiere que le cuente qué fue lo  
que me llevó a escribirlo?



DRAMÁSCARA

**Has llegado al  
límite de  
lectura.**

**Compra este  
producto virtual  
o suscríbete en  
la biblioteca  
para liberar la  
mayoría de las  
descargas.**